



ELIMANATOR

CUATRO POSTALES SOBRE LIMA

◆ CARLOS VELÁZQUEZ



UNO ODIA LO QUE NO PUEDE DOMINAR. PERO A LIMA NO LA PUEDES ABORRECER. ELLA TE HACE DETESTARTE A TI MISMO. ME ATACÓ EL IMPULSO DE VOLVER A MÍ PAÍS. QUÉ DIABLOS HAGO YO AQUÍ.

I. THIS IS NOT LATINAMERICA

Lima huele mal. Ah cómo me encanta Lima, proferí apenas me bajé del avión. Viajar desde México a Latinoamérica es experimentar un *down* literal. Un *anti-rush*. No es como visitar Europa. Sientes el descenso terráqueo. “A partir de este momento pueden encender todos sus aparatos electrónicos”, escupió la voz de la azafata por los *speakers*. Encendí mi celular y, como siempre duermo con los audífonos puestos, escuché: “en todas las ciudades, en todas ciudades”. Y así, con Pellejos como *soundtrack*, me planté en Lima.

En todas las ciudades qué, inquirí. Esto, me dije. Un aroma. Me obsesionan los olores de las ciudades. Desde que Carl Sandburg dijo que Chicagoapestaba a tocino. Miente, hiede a detergente. Torreón huele a pollo descongelándose. El D. F. a mierda. Y Lima huele mal. No puedo explicar a qué exactamente. Pero es particular. La fragancia de la auténtica fortaleza de la choledad. Debería llevarme unos cuantos frasquitos de este perfume para hacer negocio, medité. Jetlageado, dispuesto a todo, abandoné ese territorio neutro, federal, impersonal, el aeropuerto, para toparme con el monstruo. Lima es un animal pesado. Que se desplaza con lentitud. Volar por la noche fue un viaje en el

tiempo. Recorrí una gran distancia para encontrarme con un mamut. Pero mis armas no eran suficientes para cazarlo. Ah cómo me repudia Lima, solté. A Lima no se le puede matar.

Uno odia lo que no puede dominar. Pero a Lima no la puedes aborrecer. Ella te hace detestarte a ti mismo. Me atacó el impulso de volver a mí país. Qué diablos hago yo aquí. Ordenarle al chofer que diera la vuelta y me regresara al aeropuerto. Tomar el primer avión a México. Me resistí. Me encontraba en Lima para ver Latinoamérica. Pero el trafical no me permitía observar nada. Todas las metrópolis se parecen. Pero unas se parecen más que otras. Lima se me antojó una replica de la Ciudad de México. Más pequeña, un poco menos contaminada e igual de caótica. Y con mucha cumbia. Lima bien podría ser rebautizada como Ciudad Chicha. Cada limeño viene al mundo con una guacharaca, al menos en la mente. Cada minuto nace un cholo que se dedicará a la música. Ya no caben. En eso se parecen a los chilangos, se reproducen como una plaga. Pasé dos horas metido en el tráfico. A ritmo de cumbia. La cumbia del estéreo del coche. La de la metrópoli. La de la piel de mis acompañantes.

Para que una ciudad sea considerada como tal debe contar con al menos dos de estos tres elementos: basura en las calles, perros callejeros y travestis. Lima cumple con los requisitos. Unido a mí –me hospedaron en el Hotel Bolívar– se encontraba el Jirón de la Unión, el pasaje de las prostitutas y los travelos. Ah cómo me fascina Lima, me convencí apenas puse un pie en la acera. Lejos de Barranco, de Miraflores.

Ay, si la Lima blanca contara toda la verdad. El centro es el reino de los feos. Durante toda mi estancia en Lima no vi una sola mujer bonita en la Plaza San Martín. Así que me encontraba en mi elemento. Feo y negro yo. *Estoy tan enamorado de la Negra Tomasa*. El eterno enamoradizo de la grasa de las capitales. En qué día fue que Dios creó la contaminación.

Dicen que la capital mundial de la piratería es China, nunca he estado ahí, pero las virgencitas de Guadalupe con la leyenda *Made in China* son un indicio. No falta mucho tiempo para que se vendan cristos de porcelana con los ojos rasgados. Pues bien, Lima es el paraíso pirateca. Aunque en Tepito puedes encontrar lo que sea que busques, y en cada esquina del Distrito Federal haya un puesto con mercancía pirata, Lima supera a México. Polvos Azules, un mercado comparable al de San Juan, de Guadalajara, es un emporio dedicado a la piratería. La diferencia con el resto del mundo es que en Perú se ha vuelto parte de la industria. No solo impera en la clandestinidad, también puedes comprar CDs de música en puestos de periódicos. El gobierno ha perdido la batalla. Perú está orgulloso de su cultura de la piratería.

En México circulan escasos libros piratas. Pero en Lima puedes comprar una edición de Anagrama de *Mujeres* de Charles Bukowski (resalta a la vista que se trata de una falsificación) en Quilca, un mercado de libros falsos. En México se dice que no eres un escritor de verdad hasta que vendan ejemplares de tu obra en el libro de segunda mano. Eso significa que alguien se tomó la molestia de comprar uno de tus títulos, aunque se haya deshecho de él. Bajo esta lógica, en Lima no te convertirás en un auténtico

**SI ERES NEURÓTICO,
LIMA NO ES PARA TI.
SI ERES HISTÉRICO,
LIMA NO ES PARA TI.
PERO SI NO ERES NI
NEURÓTICO NI HIS-
TÉRICO NO ERES
PARA LIMA.**

escritor hasta que no localices un ejemplar pirata de tu novela en Quilca. Uno esperaría que al no respetarse los derechos de autor la industria del libro fuera inexistente. Sin embargo, existen editoriales *indies* (y una que otra filial) que la mantiene a flote. El principal problema lo tienen las transnacionales. Esto no significa que la piratería no ponga en riesgo a toda la industria. Pero Lima es punk. *Fuck copyrights*.

Desde niño se me había inculcado mi latinoamericanidad. *De América yo soy*, cantaron Los Tigres del Norte con afán integrista. Pero nunca nadie me ha explicado en qué consiste. Una ocasión en Guatemala expresé que los latinos éramos hijos de una misma llaga. No me refería a la violencia como elemento unificador. O al narcotráfico. Sino a que la realidad latinoamericana lleva décadas cayéndose a pedazos. Y los índices de pobreza están diseñando un modo de vida para el cual no estábamos preparados. Mi propósito en Lima era descubrir qué nos hacía latinoamericanos. Pero en este viaje no lo descubrí. Quizá nunca obtenga una respuesta. Los días se me acababan. Que yo no me pudiera explicar como latinoamericano no significaba que no existieran. Tengo que encontrar al menos uno, me repetía. Y caminaba, de día y de noche, por el Jirón de la Unión tratando de localizar a uno. Pero no encontré. Lo único que había eran cholos.

Si eres neurótico, Lima no es para ti. Si eres histérico, Lima no es para ti. Pero si no eres ni neurótico ni histérico no eres para Lima. Sucia, sobrepoblada, no es tan distinta a otras ciudades del continente. Pero, ah cómo me cautivaba Lima. Por indescriptible. Si no podía conocer a un latinoamericano de jodido conocería esa parte de Latinoamérica. Pero conforme más exploraba Lima más me parecía una ciudad de otro planeta. ¿Acaso Sendero Luminoso fue su último rasgo de latinoamericanidad? Lo más preocupante era que cada vez me sentía más cómodo con la clasificación de Lima como un no lugar. Hasta pensé que podría vivir ahí. Entonces la abominé. Como un mal hijo rechaza a su

madre. Cómo es que había tantos no-latinoamericanos viviendo en Latinoamérica.

Cómo me caga Lima, le dije al mesero del restaurante del Hotel Bolívar.

Cuántos días lleva usted aquí, me preguntó.

Suficientes, le respondí.

Es porque ya se está volviendo limeño, respondió.

El horror. No, no me estaba convirtiendo en peruano. Pero si no me largaba me transformaría en cholo. No podía perder mi vuelo de regreso.

Esto no es Latinoamérica, concluí.

Pero sí es un milagro.

2. LA MARRANA NECRA DE LA LECHE DE TIGRE PERUANA

La comida es una religión para mí. Y una de las catedrales culinarias indiscutibles es Perú, había escuchado alardear a un chingo de comensales. Incluso recibí invitaciones a restaurantes peruanos en México. Pero me resistí. Así como la cocina francesa es impenetrable para los japoneses, la peruana mexicanizada ponía en guardia mi escepticismo. Aterricé en Lima a las cinco de la mañana para vencer mi descreimiento. Al salir del aeropuerto me topé con un paisaje familiar. Caos, tráfico, contaminación y sobrepoblación. Parecía que habían arrancado un pedazo del D. F. para injertarlo en una zona del pacífico. Y tuve fe. Ahí donde reina el desmadre siempre se encuentra buena cocina.

La primera epifanía la experimenté en La Muralla. Un restaurantito de mariscos y comida criolla a media calle de la Plaza San Martín, en el mero centro de Lima. No soy fan de la comida típica. En México puedo devorar aparadores de todo tipo de carne, pero el pozole, unas enchiladas o el mole me deportan derecho a la indigestión. Por fortuna la entrada en La Muralla fue el famoso ceviche peruano. Para un glotón como yo, que vive a 400 kilómetros de Mazatlán, qué puede tener el ceviche de especial. *Oh, imbecile. Poor me.* Todas las leyendas resultaron ser ciertas. Bastó el primer bocado para sentir un deseo irrefrenable de renunciar a la nacionalidad mexicana. Me quedo, pensé, quemaré mi pasaporte. Una porción de trozos, cuadros de gelatina rosada, acompañados de rebanadas de camote y granos de elote del tamaño del

dedo gordo. Me volví un converso al instante. Podría desayunar, comer y cenar ceviche peruano toda mi vida.

Me abstuve de la gallina al ají. El orgullo nacional. Platillo aplaudido por todos los estratos sociales. No por desidia, como ya dije, por evitar un boleto directo a la dispepsia. Sé que al evadir la cocina criolla me pierdo de experiencias irrepetibles. Y el sentido de aventura nunca está mejor empleado que cuando se trata de comida. Pero como fanático de los mariscos lo único que deseaba era atracarme de mi droga favorita. Antes preferí probar la tan reputada “chifa”. Comida china peruana. Al día siguiente, otra vez con la desconfianza por delante, acudí al San Joy Lao, en la calle Capón, en el Barrio Chino. Mi segunda esposa era de ascendencia china. Y quedé harto del chop suey. Al divorciarme de ella me divorcié de toda la cultura. Me prometí no volver a probar su comida. No leo literatura china ni veo películas de directores chinos.

Pero me sentí retado. A ver si es cierto que es mejor que la comida china de Mexicali. Hice mi prejuicio a un lado, el que no puedo hacer con las enmoladas, y el otro: no creo en la cocina fusión. En *Confesiones de un chef*, Anthony Bourdain cuenta cómo para los platillos de la sucursal de Les Halles en Japón tuvo que reducir las porciones. Los japoneses son incapaces de comer 250 gramos de carne. Con todo respeto para los nipones y para esa comida, esa ya no es una experiencia íntegra. La chifa es comida china en un sentido estricto, pero tratada a la peruana. Y para variar, un desfile de platillos me calló la boca. Choclaufa, Aelopuelto, Kam Iu Wantán (pato agridulce con carne y langostinos), soy un fan del pato, me hicieron tocar mis propios límites. Hacía años que no comía tal cantidad de comida en una sola sentada. Y las porciones continuaban llegando. Era imposible parar. Porque la chifa ha dejado de ser comida china arraigada en Perú para reclamar su lugar como una auténtica cultura.

El momento decisivo, mi gran prueba como gastrónomo aficionado, fue la culminación del bufet: el Chi Jau Cuy. Sí, un roedor. Empanizado con salsa de ostión picante. Apenas lo colocaron en la mesa los peruanos que me acompañaban lo rapiñaban. Parecía que había sido depositado un tesoro. Y como uno nunca se quiere quedar atrás me serví

un par de bocados. Y estuvo a punto de ocurrir una catástrofe. Odié la textura. Una piel dura y una piel cartilaginosa. Estuve a punto de vomitar en una mesa de doce personas. Pero me contuve. Y acepté una dura verdad. Fracasé como Mad Max. Si mañana hubiera una hecatombe y tuviéramos que sobrevivir alimentándonos de ratas, me moriría de hambre. Un peruano estaba mejor preparado para el apocalipsis que yo. Tras esa experiencia nunca volveré a sentirme *the new kid in town*.

A la noche siguiente me quité el mal sabor de boca con una visita al Huaca Pucllana, un restaurante de cuatro tenedores enclavado en una zona arqueológica, en Miraflores, una de las zonas frescas de Lima. No es por alardear, pero este fue el menú: primer tiempo, causa verde rellena con trucha ahumada; segundo, tiradito de atún en salsa de cocona; tercero, seco de mero con majado de yuca; cuarto, lomo saltado Señorío de Sulco; postre, queso helado con galleta de coco y miel de cerveza negra. Y a propósito de la chela, la peruana no es algo digno de remembranza, no son reputados por su industria cervecera, pero la Cusqueña es bastante decente, mejor que la Sol o Tecate Light. De la cena en Huaca Pucllana lo menos seductor fue el lomo. Pero lo demás fue una orgía de los sentidos. Para mí el atún es el rey. En general, el pescado de Perú es irresistible. Pese a que se encuentra en el Pacífico, consumen otras variedades que no son populares en México, como el ojo de uva y la cojinova.

Me reencontré con el amor de mi vida, el ceviche peruano, la tarde siguiente en La Choza Náutica, una cevichería en Los Olivos, a una hora del centro de la ciudad. El sitio es célebre porque ahí se intoxicó Morrissey en su visita a Lima. Tras atrabancarme tres platos de ceviche, experimenté un satori: la leche de tigre. Fue hasta que la probé que experimenté el verdadero significado afrodisíaco. No tiene absolutamente nada que ver con lo que en México conocemos como leche de tigre. Es una ración más grande, de cubos de pescado con una salsa de pescado molido con un toque de ají, grano de elote, y una rama de perejil de adorno. Desconozco los niveles de disfunción eréctil en Perú, pero seguro son menores a los de otros países. Pero más allá de sus propiedades, su sabor me desarmó. Proteína y cero colesterol. El alimento perfecto. Ese tipo de cosas

que te hace soltar la expresión: “conéctenlo a mis venas”. Obvio, “dobletí”, y me la bajé con Cusqueña. Una combinación improbable, cerveza y leche, en un maridaje perfecto.

Me despedí de la gastronomía peruana con una cena en el Señorío de Sulco, un restaurante de cinco tenedores. Carpachos de por medio, el trabajo estaba hecho, ya había sido sublimado por el ceviche y la leche de tigre. Y aunque la cocina gourmet del Señorío de Sulco es apreciada, la bandera de conquista ya había sido clavada en el territorio salvaje que es mi estómago. Horas después, a las cinco de la mañana tomé un taxi rumbo al aeropuerto. Durante el trayecto no podía dejar de pensar en lo que dejaba atrás. La leche de tigre había desbancado todas mis nociones sobre la comida del mar. Y una certeza me invadió: tengo que volver a Lima. No voy a aguantar mucho tiempo alejado de su cocina.

3. ALLEN GINSBERG EN LIMA

Cuando leí *Las cartas de la ayahuasca* jamás me propuse conocer Lima. Nueve años después aterricé en la capital peruana en un horario infame. Burroughs arrastró a Kerouac, primero, y a la pandilla beat, después, a la Ciudad de México. Tras este capítulo serían atraídos por Old Bill a Tánger. Transcurrido un tiempo Burroughs viajó a Sudamérica en busca de la ayahuasca. Solo Ginsberg lo secundaría en esta travesía.

Existen cientos de historias que jamás serán contadas. Las de una multitud de adolescentes que inspirados en la literatura beat se colgaron la mochila al hombro para emular los viajes de sus héroes. Este comportamiento trastornaría la literatura toda. Qué otra cosa es la trama de *Los detectives salvajes* sino una imitación de esta conducta. En mi adolescencia deambulé por el norte de México, pero nunca como un aspirante a vago dharma. Viajé a Perú por otras razones, equivocadas o no. Pero a pesar de ello, era el primer viaje beat de mi vida. A los 37 años. Y por Aeroméxico. Pero no tras la huella de Ginsberg. A la búsqueda de Pedro Casusol.

Apenas el aeropuerto me escupió, Lima me pareció insoportable. Dónde me traes, San Kerouac. El turismo de drogas no era mi cometido. Bajo ninguna circunstancia probaría la ayahuasca. No por miedo.

Hacia unas pocas semanas había experimentado con DMT. Y había sufrido lo que Burroughs denominó El pinchazo definitivo. Tras la experiencia concluí que transcurriría bastante tiempo antes de que volviera a consumir DMT o ayahuasca. Lo mismo me ocurrió con el peyote. Y ya han pasado más de diez años desde la última vez que tragué.

Mi cometido obedecía a objetivos únicamente literarios. Pero sin fines investigativos. Mi propósito era visitar los sitios limeños mencionados en “Visiones divinas”. Y por supuesto conocer en persona al autor del texto, Pedro Casusol. La historia es una *bitch*. Mis anfitriones me hospedaron en el Gran Hotel Bolívar. Un destino poco beat. Hoy un tanto en decadencia pero que durante la década de los sesentas era un hotel de lujo. Un hombre que había sido llevado a juicio en Estados Unidos por obscenidad a raíz de la publicación de un libro de poemas no podía pagarse una habitación en el Bolívar. Durante su estancia en Lima, Ginsberg durmió en el Comercio. Arrumbé mi equipaje en mi habitación y en mi primera oportunidad me dirigí al lugar.

Caminé por el Jirón de la Unión. Una franja comercial que años atrás había sido paseo para la aristocracia. Mientras andaba hacia la alameda escuché que alguien recitaba lo siguiente: “Perú es Lima, Lima es el Jirón de la Unión, y el Jirón de la Unión es un paraíso enfermo”. Es una paráfrasis de las palabras de Abraham Valdelomar, un literato nacido en el siglo XIX. Paráfrasis que describe a la perfección el estado actual del centro histórico de Lima. Una zona sumida en la pauperización, sucia, mal oliente, plagada de *sex shops*, con una alta población de asaltantes, donde las clases bajas desarrollan su vida nocturna.

Afuera del bar Cordano saludé a Jon Lee Anderson y a Julio Villanueva Chang. Es una parada turística obligatoria. El edificio domina toda una esquina. En la parte superior se reconoce lo que fuera el Hotel Comercio, hoy inactivo. El exterior luce un poco derruido. El único testimonio visible de su existencia es una puerta clausurada que da a la calle. De la cual conservo una fotografía. Pero enfrente se encuentra

la Casa de la Literatura Peruana. Antigua estación de ferrocarriles. Que en su fachada ostenta un reloj. El mismo que describe Walter Ceronisy en su *Poema a Allen Ginsberg*. El beat lo invitó a su cuarto de hotel a observar el reloj bajo los efectos del éter. Mismo que ahora contemplaba yo. Sobrio, pero consiente de todo su significado beat. Qué más kerouaquiano que alojarse en un hotel frente a la estación de ferrocarriles, con las vías del tren a unos pasos.

En la Casa de la Literatura Peruana se exhibía una muestra dedicada al poeta Martín Adán. Como parte de la exposición se mostraban unas copias del manuscrito (puño y letra del beat) del poema “To an Old Poet in Perú”, publicado por Ginsberg en *Reality sandwiches*, y un libro de Jorge Capriata

clavado como una mariposa disecada, abierto justo en las páginas en que narra dos encuentros que tuvo con Ginsberg. Existe una visión distorsionada acerca de la relación entre los poetas. Se rumora que tuvieron un desencuentro. Y que el peruano insultó al beat. Sin embargo abundan datos imprecisos. Como que Ginsberg pidió que lo llevaran al centro de la ciudad, cuando se hospedaba en el Cordano. Un mes después, en diciembre, se ofrecería un conservatorio en la misma Casa de la Literatura Peruana sobre el momento en que coincidieron Adán y Ginsberg. No permanecería tanto tiempo en Lima para asistir, pero confiaba toparme antes con Casusol y que me relatara su versión.

En el interior del Cordano cuelgan algunas fotografías de celebridades (desconocidas para mí). Ninguna de Ginsberg. Abrigaba el deseo de que presumieran con orgullo el paso del poeta por la cantina. Me bebí unas cuantas cervezas Cusqueñas mientras investigaba el paradero de Casusol. Mis anfitriones conocían de su existencia, pero no consiguieron localizarlo aquel día. Mi estancia en Lima, que supuse un infierno, derrumbó todos mis prejuicios en contra de la cultura limeña. No tolero a Vargas Llosa, pero recorrí el Jirón de la Unión (el paraíso enfermo, es increíble hasta dónde se cuele la influencia de Blake) de noche.

“PERÚ ES LIMA, LIMA ES EL JIRÓN DE LA UNIÓN, Y EL JIRÓN DE LA UNIÓN ES UN PARAÍSO ENFERMO”

Malgasté mis días tragando tortas de jamón del país que trasegaba con cerveza Cusqueña. Visité variados establecimientos con espíritu cantinesco tanto en el centro como en Miraflores. Y transité una y otra vez los alrededores de la Plaza San Martín, la Alameda y La Casa del Libro del Perú con Ginsberg en la cabeza. Sabedor de que el poeta había transitado las mismas calles. Y aunque no había conocido la capital peruana en los 60s podría advertir que el tiempo se había detenido en ciertos puntos. No hacía falta preguntarme qué opinaría Ginsberg de la Lima actual. Debajo del posmodernismo, del falso cosmopolitismo, de la sobrepoblación, latía aún el pasado chamánico que había seducido a Burroughs y a Ginsberg. Me extrañó que siendo la visita de Ginsberg tan significativa para un sector literario limeño (se habla de la influencia del beat en poetas desde el año 1966 a 1991) no existieran ediciones peruanas de su obra. Con la agitación editorial *indie* que se cargan.

Los días se llenaron y la fecha de largarme me alcanzó. No conseguí conocer a Casusol. Ni a Capiatra. Ni a ningún entusiasta de la literatura beat. Nadie a quien ofrecerle que si alguna vez visitaba el D. F. le mostraría la Cerrada de Medellín (donde alguna vez viviera Kerouac durante los 50s). Me fui de Lima con una botella de pisco abierta (no sé por qué me permitieron subirla así al avión). Con este verso de Ginsberg en la cabeza: “(mi rock and roll es el movimiento de un ángel volando en una ciudad moderna)”.

4. ELIMANATOR

Yo no sabía nada sobre Perú. Excepto que era el mayor productor de cocaína en el mundo (o el segundo, como en el juego de dónde quedó la bolita, cambia de lugar con Las 40 principales); que los Rolling Stones habían pasado ahí una temporada durante los setentas pero nunca habían ofrecido un concierto, tocarían por primera vez en el país apenas el 6 de marzo de 2016; que de ahí eran originarios Los Saicos, el grupo protopunk sesentero; y que Jynx Maze, mi actriz porno favorita, es hija de una peruana. Descendía del avión amodorrado. Eran las seis de la mañana. Buenos días Habana, buenos días Guayaquil, buenos días La Paz, buenos días Lima.

Mis anfitriones me hospedaron en el Hotel



Bolívar, y en el cuarto piso, el mismo en que se alojaron los Stones en su visita (*Los Rolling Stones en Perú* de Sergio Galarza y Cucho Peñaloza *dixit*). *Circa* más, *circa* menos, contemplar el vitral de la cúpula del hotel y dormir en el mismo piso que Mick Jagger y Keith Richards me unió de inmediato a Lima. Debí arrancarle un pedazo al marco de la puerta, como *souvenir*, para enmarcarlo y colgarlo en la sala de mi casa. El mobiliario parecía tener la misma edad de los Stones. Seguro estaba en el hotel desde antes que yo naciera.

Lima tiene fama de peligrosa. Mis anfitriones me advirtieron que anduviera con cuidado. Y no me

PARA LA CLASE MEDIA LIMEÑA LOS NACIDOS FUERA DE LOS MÁRGENES DE LA CAPITAL NO SON PERUANOS. Y NO TIENEN EL DERECHO A LOS PRIVILEGIOS DE LA CAPITAL.

permitieron andar solo y a pie por el otro lado del Río Rímac. Entendí sus reservas. Que te apuñalen a un extranjero no es la mejor publicidad turística. Y el quemón para mí. Sobrevivir en la ciudad más violenta del sexenio, el mandato de Felipe Calderón, para venir a quedar en un cinturón de miseria de Lima. Exagero. Pero me exponía a que me asaltaran. Lo mismo se les repite a los turistas en México. Que no se acerquen a Tepito. No importa que yo entre y salga ileso del barrio bravo a las tres de la madrugada. Pero esta prudencia refleja a la perfección cierta condición local. El limeño, no el promedio, la clase acomodada, tiene la creencia de que Lima es la capital del mundo. Y aunque hayan viajado, a París, Buenos Aires, España, desconocen que en otras metrópolis se experimenta un nivel de violencia superior. Para la *intelligentsia* limeña Lima es el horror máximo. Y que el resto de Latinoamérica no existe fuera de las novelas de Vargas Llosa.

Para el resto, el limeño promedio, el cholo, el indígena, el migrante, Lima es una fiesta. Por eso tanta chicha.

Como en todas las metrópolis, los limeños luchan por eliminarse unos a otros. La pelea en el tráfico por llegar antes al trabajo, el lugar en el colectivo, el aire que respirar. La clase media limeña (y la alta), que además es sumamente reducida, vive traumatizada con el fenómeno de la migración. Como habitante del norte de México, de un estado fronterizo, para mí la migración es el éxodo de millones de latinoamericanos (hondureños, salvadoreños, guatemaltecos, etc.) hacia Estados Unidos. El inmigrante es alguien que ha renunciado a su nación para buscar mejores condiciones de vida en una patria ajena a la suya. En México no se consideran inmigrantes a los provincianos que se mudan al Distrito Federal. “Migración interna” es el término que emplean los limeños para el fenómeno del desplazamiento de miles de habitantes de tierra adentro hacia la capital.

La densidad demográfica ha terminado por instalar un odio de clase en el limeño acomodado. Vive obsesionado con la migración. Y lucha por aparentar ser progresista, pero entre más intenta esconderlo, más emerge ese odio y ese racismo contra el pobre y el indígena que osó abandonar el interior para trasladarse a su amada Lima. Para la clase media limeña los nacidos fuera de los márgenes de la capital no son peruanos. Y no tienen el derecho a los privilegios de la capital. Si pudieran los exterminarían o los repatriarían a sus lugares de origen (como en La Habana). Puedes observarlo en sus ojos. Esta inquina soterrada que no descansa nunca. A menudo manifiestan que les parece incomprensible el fenómeno cuando es completamente natural que las capitales atraigan ríos de gente.

En México también existe el racismo. Pero se mantiene en el nivel de la marginación. Se te margina por pobre, por prieto, por naco, por ignorante. Pero no impera esta sensación de desprecio homogeneizado contra el indígena y el pobre. En el norte, por ejemplo, a los indios tarahumaras no se les mira con el sesgo del destierro. Y en el centro, el chilango no se siente invadido como el limeño, lleva décadas aprendiendo a vivir con la sobrepoblación, la contingencia ambiental, la escasez de agua, etc. Convivir con la clase media limeña puede llegar a ser desesperante. Es repetitivo. No transcurre una hora sin que regrese al mismo tema. Cómo la migración interna le arrebató el paraíso. La clase media limeña está urgida de terapia psicológica al respecto. Ellos son para el indígena lo que para nosotros es el gringo.

Todos tratan de anularse unos a otros. Y Lima de eliminarlos a todos. El racismo es una caricatura. La mayoría de limeños racistas se ven como los blancos que quieren aparentar ser negros. Se colocan dentaduras doradas, se hacen rastas en el cabello, se cuelgan cadenas de oro que les llegan a

la cintura. Las personas de tez blanca en Lima son una excentricidad. La clase media más que una denominación social parece una especie exótica. Pero como en el racismo latinoamericano existen matices. Que yo pueda pasar por blanco en Lima me parece ridículo. Y la gente que yo escuché quejarse de la migración tiene mi mismo color de piel o son más morenos aún. Latinoamérica, donde la gente morocha aspira a ser blanca. Al limeño le gusta engañarse. Pero todos son cholos, aunque les cague, como dijo Gabriela Wiener en "La fortaleza de la choledad". En México sucede algo similar. Mucha gente detenta una conducta aspiracional. Pero siempre se descubre que no eres. La diferencia es que en México las clases sociales se mezclan. En Lima no. Acudí a un bar en Callao en el que a un limeño pobre no se le habría permitido la entrada jamás

Es triste el racismo en Lima, estoy a la espera de que una banda de punk se autonombre Cholo irracional.

Pero la disfruté enormemente. Estar de pie frente al pacífico es una experiencia insondable. Es como estar en Galveston, ahí donde termina el continente en el Golfo de México. O en playas de Tijuana, la esquina más septentrional de Latinoamérica. Donde da vuelta el globo. Me habría quedado observando el mar. El mar verde moco de Dedalus. A vivir a base de pura leche de tigre y leche de pantera. A convertirme en el mejor cliente de la librería El Virrey. Estuve tentado a perder el vuelo. Pero si no me marchaba Lima me iba a matar. Me dispararía en el corazón. Subí a un taxi que me condujo al aeropuerto. Atrás se quedó la promesa de cumbia. Me acosó el malestar de siempre estar yéndome y llegando a Lima.

Me desafané de la inexpugnable Lima sintiéndome menos latinoamericano que nunca. Pero antes de subirme al avión escribí con una pluma en el baño del aeropuerto:

See you later, eLimanator. ◆

